

LA CONQUISTA DE MÉXICO EN *GUATIMOZIN*,  
*ÚLTIMO EMPERADOR DE MÉXICO*,  
DE GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA:  
“UNA LUCHA INHUMANA Y GLORIOSA”

*Begoña Pulido Herráez*

Mi lectura de la novela histórica *Guatimozin, último emperador de México*, publicada en 1846<sup>1</sup> por la escritora cubano-española Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), tiene como trasfondo la relación que la crítica reciente ha establecido en América Latina entre el género novelístico, en particular la novela histórica, y los proyectos de conformación de las naciones americanas una vez que las guerras se resuelven en favor de las independencias. La escritura de novelas históricas se vincula en este periodo posindependentista con la necesidad de crear espacios y medios donde se discutiera el asunto de la representación de lo social y se propiciara la formación de una opinión pública y por supuesto de lectores (no sólo las novelas, también

<sup>1</sup> *Guatimozin, último emperador de México* fue publicada en *El Heraldo* de Madrid a partir del 20 de febrero de 1846; en el mismo año fue publicada en cuatro tomos por la Imprenta de D. A. Espinosa y Compañía, Madrid. Se reimprimió en Valparaíso, Chile, Imprenta del Mercurio, en 1847, y en México en la Imprenta de J. R. Navarro, en 1853 y 1887. En 1914, con motivo del centenario, se imprimieron en La Habana las obras completas de Gómez de Avellaneda, donde se incluye esta novela histórica (Imprenta de Aurelio Miranda, 1914). Para el presente trabajo he utilizado la edición de *Guatimozin* incluida en el volumen *Novelas selectas de Hispano América, siglo XIX*, prólogo, selección y notas de Salvador Reyes Nevares, t. I, México, Labor Mexicana, 195?, pp. 55-284. Todas las citas de la novela están tomadas de esta edición y se incluyen en el cuerpo del texto.

las asociaciones literarias y las revistas ocupan un lugar destacado en este sentido). En el caso de México, en asociaciones literarias como la Academia de Letrán o el Liceo Hidalgo, se discute el carácter nacional de la literatura, se proponen definiciones sobre la literatura y la historia, y se insiste en la importancia de estas prácticas para conformar un sistema de valores comunes.

En esta necesidad de construir un imaginario compartido, donde las imágenes del pasado (el prehispánico, el colonial y el de las guerras independentistas) vienen a constituirse en el espacio de disputa de los proyectos del presente, las novelas históricas hispanoamericanas que representan el periodo de la Conquista colocan en primer plano una serie de cuestiones que son las que urge debatir en el presente posindependentista: la libertad, la justicia, la soberanía, las formas de gobierno (república o monarquía, federalismo o centralismo). La “patria” se convierte en una de las preocupaciones mayores, y es una de las palabras que aparecen reiteradamente en las novelas, término mucho más presente que el de nación. Con el uso de la palabra “patria” se quiere destacar el aspecto territorial, físico, el lugar donde uno ha nacido; pero asimismo, el término posee una referencia al sentimiento de lealtad. Tampoco es desdeñable la memoria que el vocablo posee de lo ancestral, lo familiar, aquello que refiere al padre. A la “patria” se le es fiel, con la misma lealtad que se debe al padre (se habla de “los hijos de la patria”).

De entre todos los temas mencionados, el de la defensa de la libertad es uno de los que vemos aparecer con mayor frecuencia en las novelas históricas del siglo XIX; se trata de un asunto ineludible en el presente del siglo porque legitima, como derecho universal, la lucha contra el Imperio español y por tanto la independencia. Junto a la exaltación de la libertad (convertida en elemento identificador del romanticismo social), habría que destacar, en el nivel de los contenidos que estas novelas elaboran artísticamente, la asociación entre patria y libertad, así como la articulación entre libertad y justicia. Un ejemplo claro de estas

asociaciones lo podemos encontrar en la que se ha llamado primera novela histórica hispanoamericana: *Jicoténcal* (1926). La novela de Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Guatimozin*, publicada en Madrid en 1846, va a deshacer sin embargo esta asociación natural y esperable entre libertad y justicia. En esta problemática disociación veo aparecer dos cuestiones: en *Guatimozin* encontramos por un lado la expresión de una temporalidad que podría ser caracterizada por la irrupción de lo que Jacques Rancière ha llamado “el tiempo de la política”, y que implica el sacrificio de ciertos principios, ciertos valores, debido a las necesidades de la política. Gertrudis Gómez de Avellaneda representa esa irrupción de la política en el tiempo de la Conquista, el que ha sido definido como de entrada en la Modernidad. El heroísmo que se atribuye a Cortés se desprende de su osadía y no de la ostentación de méritos y valores que remitan a una comunidad y a su pasado; en el giro que ejemplifica Cortés, la justicia deja de empalmarse con la idea de libertad. Cortés echa mano de la osadía, más que del “derecho” (p. 59), es previsor y “político”, atrevido, perseverante y sagaz. Los rasgos de carácter que lo definen, así como su actuar, implican una concepción moderna del tiempo, alguien que actúa sobre las circunstancias, sobre un mundo que no le viene dado sino que moldea según sus necesidades. Pero junto a ello, más que en el actuar de los españoles conquistadores, la novela se detiene en los personajes indígenas, especialmente en la clase dirigente y noble: Moctezuma, Guatimozin, Cacumatzin, Quetlahuaca, y en ellos, más que un actuar en términos históricos lo que encontramos es la expresión de sentimientos, emociones. De este modo, *Guatimozin* va a evidenciar dos ritmos del tiempo, dos modos de concebir la relación del hombre con el mundo, dos temporalidades, una moderna, histórica, y otra que quizá podríamos llamar cíclica, que les impide a los indígenas actuar y querer modificar las circunstancias; de allí las constantes alusiones al destino y a los mitos; los indígenas, más que actuar, van al encuentro de un destino fatal y ya conocido, como por otro

lado, expresa la narradora en varias ocasiones. Lo anterior es en relación con las temporalidades del mundo narrado. Pero el otro asunto es el de la narración que organiza los acontecimientos en torno a una filosofía de la historia que podríamos definir como aquella que busca desenterrar y hacer visibles los sentimientos, las pasiones, el *pathos* detrás de los acontecimientos ya conocidos. La ambigüedad de la novela es consecuencia de la dificultad de organizar e integrar los acontecimientos, las distintas temporalidades, en torno a una sola (H)historia.

*Guatimozin* ocuparía un lugar especial en el planteamiento general de la relación entre novela histórica y conformación de los proyectos nacionales, por cuanto la autora, cubana de nacimiento, vive en la isla (una colonia) solamente hasta los 22 años (1836), cuando se traslada a la Península ibérica con su familia (madre, padrastro y hermanos), donde va a residir prácticamente el resto de su vida (regresará a Cuba por un tiempo breve). De hecho, Gertrudis Gómez de Avellaneda es reivindicada a veces como una escritora cubana, otras como española, y casi siempre como cubano-española. Si para su novela *Sab* se sospecha una redacción anterior en varios años a la publicación en Madrid en 1841, e incluso una germinación de la obra en los tiempos de su vida en Cuba,<sup>2</sup> para *Guatimozin* no se conocen antecedentes ni comentarios que pudieran hacer suponer que su escritura venía gestándose desde años antes. Sospecho sin embargo, que la idea de esta novela es de alguna forma “de los tiempos cubanos”, aunque la redacción y la publicación se dieron en España, y quizá sea este situarse alternativamente en dos lugares de enunciación contrarios, que precisamente se enfrentaron en la Conquista, lo que proporciona a la novela su

<sup>2</sup> Carlos M. Raggi, “Influencias inglesas en la obra de Gertrudis Gómez de Avellaneda”, en Gladis Zaldívar y Rosa Martínez de Cabrera, *Homenaje a Gertrudis Gómez de Avellaneda, Memorias del simposio en el centenario de su muerte*, Miami, Ediciones Universal, 1981, p. 38: “Todo induce a creer que la novela *Sab* comenzó a germinar cuando la autora todavía estaba en Cuba.”

ambigüedad, llamémosle ideológica: defiende el derecho a la libertad por parte de los pueblos conquistados, la legitimidad de una guerra en favor de la “patria” (defensa del espacio, del suelo, de la casa), pero al mismo tiempo admira el heroísmo, la osadía y sagacidad de Hernán Cortés, el hombre que, dirigiendo a un grupo de aventureros, realiza la hazaña de conquistar un “nuevo mundo”, un imperio. Se trataría de dos impulsos vinculados con el romanticismo: la exaltación de la libertad, y del heroísmo, sólo que localizados en lugares diferentes. Junto a ello, al deshacer la asociación entre libertad y justicia, la Conquista va a ser considerada al final de la novela como una página de la Historia “inhumana aunque gloriosa”.

¿Cómo pensar esta novela, entonces, en relación con los proyectos nacionalistas y con el lugar que las novelas históricas ocupan como modo de apropiación o de imaginación de las relaciones entre pasado y futuro, siempre teniendo como eje de la balanza los proyectos del presente? Creo que Gertrudis Gómez de Avellaneda debió conocer la que es considerada la primera novela histórica en América Latina, *Jicoténcal*, publicada en 1826 en Filadelfia por autor anónimo y en algún momento atribuida al poeta e independentista cubano José María Heredia. Avellaneda conocía y admiraba a su compatriota, cuya obra cita a menudo, y en sus años en la isla tuvo algún contacto con el grupo de Domingo del Monte. Es probable que el interés por un tema mexicano (que no deja de llamar la atención) se desprenda de las lecturas del poeta, sin desdeñar otras que podrían haber influido ya viviendo en España, como la *Historia de la América* de William Robertson, traducida y publicada en Barcelona en 1840 y de la que se sirve (junto con otras historias y crónicas) para construir el argumento de *Guatimozin*.

En el año 1832 se dio en Cuba una pequeña polémica en torno a las posibilidades y la conveniencia de ese género híbrido de la novela histórica. En la *Revista Bimestre Cubana*, en febrero de 1832, Domingo del Monte se manifiesta en favor

del género y destaca en su cultivo tres cualidades necesarias: “la de ser poeta que inventa situaciones y caracteres con el espíritu de la época y del pueblo; la del filósofo con un conocimiento profundo del corazón humano; y la del anticuario no tanto de la cronología y los hechos como de las costumbres del siglo”.<sup>3</sup> Por el contrario, José María Heredia destaca en su “Ensayo sobre la novela”, aparecido poco después en el periódico *Miscelánea* de Toluca, en marzo, abril y mayo de 1832, la imposibilidad intrínseca en un género que, siendo ficción, quiere pasar por “histórico”; señala, dando prioridad a lo propiamente artístico, que aunque los hechos del pasado estén representados con fidelidad, si falla la composición, el resultado sólo será una mezcla informe. La obra de ficción debe ser juzgada y evaluada de conformidad con juicios poéticos, y no considera que sea objeto de la novela la “representación fiel de los hechos del pasado”.<sup>4</sup>

Avellaneda debía conocer los debates que el género suscitó en las primeras décadas del siglo, y su vinculación con el ideario independentista, sin embargo no se refiere de forma explí-

<sup>3</sup> Evelyn Picón Garfield, “Conciencia nacional ante la historia: *Guatimozin, último emperador de México* de Gertrudis Gómez de Avellaneda”, en Evelyn Picón Garfield e Iván Schulman [eds.], *Contextos: sociedad y literatura latinoamericana del siglo XIX*, Urbana, University of Illinois Press, 1991, p. 42. Tomado de Enrique Anderson Imbert, “Notas sobre la novela histórica en el siglo XIX”, en Arturo Torres Riosco [ed.], *La novela iberoamericana. Memorias del Quinto Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*, Albuquerque, University of Nuevo México Press, 1954.

<sup>4</sup> “La novela es una ficción y toda ficción es mentira. ¿Llamaremos *mentiras históricas* las obras de Walter Scott? Haríaseles una injuria que no merecen y sí nuestros elogios por más de un motivo; pero su autor no debe colocarse entre los Tácitos, Maquiavelos, Hume y Gibbon, y el último compilador de anécdotas tiene más derecho al título de historiador. Empero, pocos han usado con más habilidad y éxito los tesoros de una ciencia tan árida como la que producen los extractos de manuscritos carcomidos, y los descubrimientos de los anticuarios.” José María Heredia, “Ensayo sobre la novela”, en *Revisiones literarias*, selec. y pról. de José María Chacón y Calvo, La Habana, Publicaciones del Ministerio de Educación, 1947, pp. 244 y 245.

cita a ellos. Con relación a *Guatimozin*, la autora la considera: “un estudio profundo de la conquista, del estado de la civilización azteca, del carácter de Cortés y compañía, apreciando con imparcialidad y exactitud los hechos y las circunstancias...”.<sup>5</sup> El comentario permite suponer un ideario más próximo al de Del Monte, y una consideración de la novela histórica como un género cercano a la historia, capaz de proponer un “estudio” del pasado, de operar con “imparcialidad” y “exactitud”.

En relación con los contenidos elaborados artísticamente, la conquista de México-Tenochtitlan en la novela *Guatimozin* pertenecería a una época de mayor presencia del mundo americano en el imaginario de Avellaneda, por ser reciente todavía su experiencia de vida en la isla. Quizá ello pueda explicar que no incluya a esta novela en los cinco tomos de las *Obras literarias de la Señora Doña Gertrudis Gómez*, que lleva el inexacto subtítulo de *Obras literarias* y que comenzó a fraguar y reescribir entre 1869 y 1871.<sup>6</sup> El mundo americano representaba en estos años algo más lejano emocionalmente (y también políticamente), y ella misma estaba mucho más inserta en la sociedad española, de forma tal que, esa ambigüedad que en ocasiones se desliza en la novela hacia una franca defensa del derecho a la libertad de los pueblos americanos (en la que se ha querido ver una alusión a la independencia cubana), podía no ser conveniente. Lo que sí incluyó en las obras completas fue un relato titulado “Una anécdota de la vida de Cortés”, tomado, dice una nota al pie, de su novela *Guatimozin*; sin embargo, el relato planteado como una anécdota de la

<sup>5</sup> Tomado de Hernández-Miyares, “Variaciones en un tema indianista de la Avellaneda: el epílogo de *Guatimozin* y *Una anécdota de la vida de Cortés*”, en Gladis Zaldívar y Rosa Martínez de Cabrera, Homenaje a Gertrudis Gómez de Avellaneda, *op. cit.*, 1981, p. 320, quien a su vez lo toma de Emilio Cotarelo Mori, *La Avellaneda y sus obras (Ensayo biográfico y crítico)*, Madrid, Tipografía de Archivos, 1930.

<sup>6</sup> Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Obras literarias*, Madrid, Imprenta M. Rivadeneyra, 1869-1871, 5 vols.

vida de Cortés altera de manera fundamental el final ambiguo de la novela *Guatimozin*, contenido en el “Epílogo”. En este último, la narradora expresa la intención de “comprender” las razones que hubieran podido llevar a Cortés a torturar primero a Guatimozin y luego a ahorcarlo acusando al emperador mexica de preparar una conspiración en la que nadie creía.<sup>7</sup> Las razones políticas de esta acción, que contradicen el principio de “justicia”, las coloca primero en boca de doña Marina, pero después la narradora retoma sus palabras y las convierte en la única explicación posible:

[dice doña Marina] ...Bien alcanzo, sin embargo, que deben morir: el Malinche no pudo dejarlos en Méjico porque hubiera sido peligroso para la tranquilidad de aquella capital la permanencia en ella de tan importantes presos, no estando allí el único cuya autoridad reverencian con pavora los vencidos; [...] Por estas y otras razones que se me ocurren, comprendo la necesidad en que se ve nuestro dueño de quitar del mundo a esos infelices que bien quisiera perdonar su benignidad si no lo desaprobase su prudencia.

Marina acababa de dar con esas palabras la única explicación probable del hecho que vamos a referir, la única excusa verosímil de un acto de crueldad que inmotivado sería horroroso y que en vano quisiéramos justificar apoyándolo en la sospechosa acusación de un súbdito traidor, que no obtuvo crédito ni entre los mismos españoles, por más que aparentase Cortés prestárselo completo (p. 277).

Las palabras del epílogo abren la puerta a la necesidad del sacrificio de ciertos principios (la justicia) en favor de la conquista; justifica la crueldad en aras de la política de dominio,

<sup>7</sup> Por cierto, allí podemos leer una de las primeras versiones de una frase que probablemente estas novelas ayudaron a convertir en histórica: Guatimozin le dice a su compañero de infortunio, en la parrilla de la tortura, “¿Estoy yo por ventura en tálamo de flores?”, p. 274.



pero todavía mantiene una cierta distancia crítica. “Una anécdota de la vida de Cortés”, por el contrario, refuerza la necesidad de sacrificar la justicia a las necesidades políticas dando voz al propio Cortés, quien se autojustifica en un discurso que borra el aspecto ambicioso y cruel de la conquista para colocar en primer plano su sentido religioso:

La suprema justicia, con que me amenazáis, acaba de impedir que terminase mi vida miserablemente a manos de una mujer frenética –aunque menos que vos– y me atrevo a esperar que cuando juzgue las faltas que como hombre he cometido, me tome en descargo tantas contrariedades y tantos dolores íntimos, como me cuesta la gloria de plantar la cruz del Gólgota en el suelo de estas vastas regiones, abiertas de hoy más a la civilización cristiana (p. 174).

Asimismo, al quedar eliminada la novela en su conjunto, que dedica buena parte del relato a las voces de los personajes mexicas, desaparece la ambigüedad de la primera obra, y se decanta por una visión de la Conquista desde la perspectiva española.<sup>8</sup>

El primer párrafo de *Guatimozin* resulta significativo en este sentido pues busca encuadrar la “historia particular” que vamos a leer, el acontecimiento de la conquista de México-Tenochtitlan, en una *historia universal*, o de otro modo, se

<sup>8</sup> Julio E. Hernández-Miyares fue el primero en señalar las diferencias entre los dos textos: “Sin embargo, si se coteja dicho epílogo con el texto de *Una anécdota de la vida de Cortés*, resulta obvio que la revisión de este fragmento llevada a cabo por la escritora, no es de simple redacción y estilo. Por el contrario, con los cambios introducidos, se han variado la sustancia, la perspectiva y las motivaciones de los personajes centrales del relato original, aunque éste se mantenga dentro del marco y del escenario primitivos de *Guatimozin*. Estas variaciones, aunque sin duda lograron sumar algunos méritos estilísticos y dar una mayor dignidad a la anécdota y a la conducta de los protagonistas, hacen de la nueva versión un producto distinto, a pesar de estar construido con los mismos materiales.” En “Variaciones en un tema... *op. cit.*”

coloca en la perspectiva de una historia global escrita desde Europa. Leemos:

La muerte de Maximiliano colocaba en la frente de Carlos V la corona imperial de la Alemania, y mientras el nuevo César recibía el cetro en Aquisgrán, y la España, presa de la codicia y la arbitrariedad de algunos flamencos, ardía en intestinas disensiones, el genio osado y sagaz de Hernán Cortés, ensanchando los límites de los ya vastos dominios de aquel monarca, lanzábase a sujetar a su trono el inmenso continente de las Indias occidentales (p. 59).

La Conquista trae consigo la inserción de las Indias en la historia política occidental, encabezada por las figuras de dominio reales (nuevos césares) y en particular por Carlos V. La historia de los pueblos prehispánicos significa en la medida en que se inserta en la historia del dominio occidental, donde las luchas, los disensos, las batallas con sus consiguientes triunfos o derrotas son el motor fundamental. Al quedar como apéndice de una historia global, es más objeto de esa historia que sujeto, por ello su mirada se posa en los sentimientos y las pasiones.

Junto a esta perspectiva de una historia universal que tendría su origen en Grecia y Roma, el movimiento de apropiación del pasado y el lugar que la novela histórica vendría a ocupar en esta articulación pasado-presente comienza a hacerse visible desde el capítulo II de la primera parte:

Méjico, con sus rectas y anchas calles, sus canales y sus puentes, sus simétricos y ordenados monumentos y sus curiosos habitantes corriendo en tropel a contemplar a los recién llegados, presentaba aquel día un aspecto de fiesta que hubiera enternecido profundamente al que mirándolo alcanzase a levantar una punta del velo del porvenir; de aquel porvenir funesto que a toda prisa se anunciaba, y del cual no se curaba en tales momentos el imprudente pueblo.

Sin embargo, permitiéndonos la libertad de introducir al lector en lo interior de aquel palacio, en torno del cual se agolpaba la imprevisora multitud, le haremos esperar con menos impaciencia que ella la llegada del capitán español, ocupándole brevemente del monarca indiano.

La novela se apropia el pasado pero desde allí mira de reojo hacia el futuro, conociendo y haciendo explícito el camino y el desenlace de los acontecimientos que se muestran, e imprimiendo por ello un sentido al relato, en este caso el del “porvenir funesto” para los mexicanos, lo que influye en el tono trágico y en la consiguiente intervención del “destino” que va a determinar el curso de las acciones. En efecto, al conocer el curso de los hechos, la imagen del futuro que se propone es la de un sino inevitable. El otro movimiento que imprime la narradora a su relato es el que interrumpe la sucesión de acontecimientos, para describir escenas, o personajes. Las descripciones y las intervenciones explícitas del narrador son paréntesis temporales: la acción se interrumpe para que el lector tenga tiempo de observar y conocer. La narración de Gertrudis Gómez de Avellaneda va reproduciendo los gestos principales que mencionaba Del Monte: poeta (o pintor), filósofo, anticuario. Los capítulos, pensados como escenas, cuadros casi independientes uno de otro (que recuerdan la organización teatral que conoce muy bien la autora) reproducen el gesto del pintor. Primero se dibuja una escenografía y tras la pintura de la escena, continúa el diálogo entre los personajes, que más que diálogo es la expresión del *pathos*, de los sentimientos que provocan la serie de sucesos que desmoronan un mundo. La apropiación de los acontecimientos del pasado en *Guatimozin* se basa por tanto en una “teatralización de la historia” de corte más bien trágico.

El segundo gesto que hemos señalado, el que vuelve la cara hacia el futuro y con ello hacia el lector, retoma el otro discurso

que predomina entre los historiadores, el de la filosofía de la historia; allí el narrador, o la narradora-autora en este caso, interviene y apela directamente al lector, exhortándole a que sea espectador de las escenas teatrales, a que participe, como testigo de otro siglo, de las pasiones y los sentimientos involucrados en los acontecimientos históricos que el narrador tiene a bien “resucitar”, a hacer visibles.

El narrador precisa en algunos momentos la idea que tiene acerca del lugar de las novelas históricas, de la función que cumplen e incluso del lugar que lo ficticio, la invención, ocupa en ellas. Casi al final de la novela, cuando la “tragedia” comienza a cebarse en el Imperio mexicano, el narrador habla de la función del “poeta”, del narrador de ficciones, como “desenterrador” de glorias olvidadas. Cita a un poeta español, Juan Bautista Arriaza, y transcribe un fragmento de su oda “La tempestad y la guerra, o el combate de Trafalgar”, poema donde Arriaza, ante la derrota de la armada franco-española, cuestiona que el heroísmo pertenezca siempre al bando vencedor; sin mencionarlo explícitamente, hay una analogía entre la derrota del Imperio mexicana dirigido entonces por Guatimozin (Cuauhtémoc) y la derrota ante la armada inglesa padecida por el imperio de Napoleón Bonaparte y su aliada España. Me pregunto si Gertrudis Gómez de Avellaneda no estaría pensando a la hora de escribir esta novela en la invasión de Napoleón sobre España, de tal forma que la lucha no es entre dos culturas profundamente diferentes, dos historicidades incluso, o entre la civilización y la barbarie, como se quiso ver en algún momento, sino una lucha por el dominio político, una lucha de poder como otras tantas que se hayan dado en el continente europeo. ¿De qué lado está el heroísmo?, parece preguntarse Avellaneda. Y responde que también ocupa el espacio de los vencidos. La novela de Gertrudis Gómez de Avellaneda desentierra el heroísmo arrebatado a los vencidos de la conquista:

Aún no había comprendido el caudillo el fuerte temple de aquella alma [se refiere a Guatimozin], verdaderamente real; no había adivinado, no, que el destino le concedía por víctima a uno de aquellos seres magnánimos, que eclipsados al resplandor de otra gloria enemiga, quedan muchas veces confundidos en las páginas históricas de sus inevitables desastres; hasta que inspirada algún día la entusiasta mente del poeta, descubre, a través de las nubes del inmerecido infortunio, la santa aureola de la olvidada patria, y siente lo que en hermosísimos versos ha consignado en ocasión solemne uno de nuestros poetas.

Héroes, si ya no dioses, el inmenso  
Vulgo los llama; mas en tanto incienso  
Yo mi corazón no ofusco;  
Que [Y] de Belona en el dudoso empeño  
Donde nuestra [muestra] fortuna airado el ceño,  
Allí los héroes busco (p. 264).

Es decir, que el poeta busca los héroes allí donde la fortuna frunce el ceño sobre los dudosos empeños de la diosa de la guerra; los busca por tanto entre los no favorecidos por Belona.

Más adelante añade la narradora: “La pluma se nos cae de la trémula mano al emprender la pintura del cuadro sangriento que nos presenta la imaginación y que bosquejado vemos con tan terribles colores en las páginas de aquella conquista inhumana aunque gloriosa”. Es decir, que la novela histórica “desentierra” lo que la Historia ha dejado en los márgenes u olvidado, y ofrece “una pintura” viva, un cuadro de los sucesos. Al mismo tiempo, la cita proporciona una ambigua valoración de la conquista: inhumana y gloriosa, ambigüedad que orienta todo el relato. Inhumana por lo que supone de sacrificio de la justicia.

El último párrafo del epílogo y de la novela aporta más elementos a la comprensión del manejo de la temporalidad en *Guatimozin* y de la lectura que ofrece sobre ese pasado. Tras la

muerte de Guatimozin, Avellaneda incluye un episodio ficticio donde Gualcazinla, la esposa del joven emperador mexica, intenta dar muerte a Cortés con un cuchillo que termina dejando una pequeña herida en la frente del conquistador. Este pasaje ficticio se presenta como una lectura alternativa a la que ofrece Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, cuya cita textual, entrecomillada, cierra la novela:

La voz que al día siguiente circuló en el ejército está consignada en las siguientes líneas de Bernal Díaz del Castillo:

“Andaba Cortés mal dispuesto y pensativo después de haber ahorcado a Guatemuz y su deudo el señor de Tacuba sin tener justicia para ello, y de noche no reposaba, e pareció que saliéndose de la cama donde dormía a pasear por una sala en que había ídolos, descuidóse y cayó, descalabrándose la cabeza: no dijo cosa buena ni mala sobre ello, salvo curarse la descalabrura, e toda se la sufrió callando” (p. 281).

Lo que destaca de la versión que ofrece el cronista es el “remordimiento”. El golpe, la herida en la cabeza queda como *huella* del sacrificio de la “justicia” por la “política”. Huella y herida dejan su marca en la Historia, pero lo que la ficción puede hacer es “inventar” otras causas para lo que registra la historiografía, de cualquier forma, el hecho del sacrificio de la justicia y la entronización de la política deja una marca indeleble, huella de una nueva temporalidad (propia de la Modernidad). Más que reconciliación con la realidad o con la Historia, lo que queda es el remordimiento.

Quisiera terminar volviendo a la relación entre novela histórica y proyectos de construcción nacional para concluir que no hay en la novela de Gertrudis Gómez de Avellaneda una propuesta que arraigue en claros proyectos políticos del presente. Su apropiación del pasado, más que participar de la

construcción de un imaginario cultural nacional o americano, se asienta en un humanismo de carácter universalizante. El patriotismo, el heroísmo, el valor, la lucha por la libertad y la justicia se encuentran en distintos momentos de la historia y en distintas culturas. Es una lucha universal.